

VIÑETAS SINFÓNICAS

Asistí al estreno de “Viñetas sinfónicas” en el Auditorio de Madrid con el habitual escepticismo con el que suelo dar la bienvenida a los regulares eventos artísticos. No es ésta una debilidad mía. No soy frío, no soy insensible; sencillamente, desde hace bastante años, en todos sus ámbitos, la expresión artística parecen venir inevitablemente acompañada de un fuerte olor a comida recalentada, cuando no a refrito francamente desagradable. Todo es predecible, todo resuena a sabido, todo es lo mismo disfrazado de distinto. El arte de comienzo de este siglo –contrariamente a lo que sucedió a inicios del pasado- no sólo no es vanguardia sino que es pura y dura retaguardia. Pero el arte, como la vida, es también pujanza que se manifiesta incluso en las peores condiciones y, del mismo modo en que crecen por sí solas pequeñas plantas a orillas de calles deplorablemente contaminadas, así ha “crecido” en el panorama musical “Viñetas sinfónicas” de Juan José Colomer. Una obra escrita para trompeta y orquesta que arrastra consigo una frescura conmovedora.

Dicho de otro modo, “Viñetas sinfónicas” sorprende. Y la sorpresa es ese poder inesperado que nos libera de nuestros hábitos y corazas permitiéndonos lanzar una mirada novedosa sobre una realidad que la rutina parecía haber cancelado.

Escuchando esta obra se entiende a la perfección el principio holístico que afirma que “el todo es superior a la suma de sus partes”. Y es que ese “plus”, esa “propiedad emergente” -que diría el analista de sistemas- o ese “ángel” es lo que, a mi modo de ver, más caracteriza “Viñetas sinfónicas”. No es aconsejable limitar esta obra al análisis de las partes que la componen. Su indudable encanto no radica sólo en su disposición formal, sino ante todo en una fuerza numinosa que se cuele entre las notas como una fragancia delicada y, a su vez, plena de vigor.

En “Viñetas sinfónicas” las sugerencias se encadenan. No puedo negar, por ejemplo, que descubrí en volandas de la trompeta viñetas en blanco y negro del cine neorrealista italiano para, al instante, viajar en cinemascope a Leonard Bernstein y, acto seguido, encontrarme en el Bronx neoyorquino o, fugazmente, en una sala de conciertos vienesa. Pero lo más relevante es lo que enlaza estas sugerencias. Algo apenas descifrable a lo que se suele denominar genio o talento: “eso” tan misterioso que no se aprende ni en el conservatorio ni acumulando experiencias.

A través de esta obra adivino que Colomer conoce la hondura de la condición humana. Él parece sobrevolarla. Cuando su música insinúa desesperanza y soledad, irrumpe a continuación un poder constructivo inquebrantable. Cuando se anuncia un instante pesimista, éste se redime de inmediato en aras de una toma de distancia preclara. La música de Juan José Colomer habla de la vida, pero desde sus alturas más esenciales.

Los veinte minutos gloriosos que dura la obra han sido suficientes para que haya colocado a Juan José Colomer en uno de mis altares. Paganos, por supuesto. Ahí figura... entre Dionisos y Apolo.

Benigno Morilla